

Los detectives del alba

EDGAR FRANCISCO RODRÍGUEZ GALINDO | EGRESADO DE LA ESPECIALIDAD EN
LITERATURA MEXICANA DEL SIGLO XX,
UAM AZCAPOTZALCO.

Resumen

En la tradición del género policiaco mexicano, específicamente en aquellas novelas ubicadas en la Ciudad de México, existe la figura paradigmática del detective que protagoniza una relación de amor-odio con la ciudad. Esta relación, así como el carácter desencantado y solitario de estos personajes, permite relacionarlos con el imaginario construido por Efraín Huerta en su poemario *Los hombres del alba*. De esta relación surge la idea de un prototipo de personaje: los detectives del alba.

Abstract

In the tradition of the mexican crime fiction, specifically in those novels located in Mexico City, there is the paradigmatic figure of the detective with a love-hate relationship with the city. This relationship, as well as the disenchanting and solitary personality of these characters, allows them to be related to the imaginary constructed by Efraín Huerta in his poetry book *Los hombres del alba*. From this relationship arises the idea of a prototype character: the twilight detectives.

Palabras clave: novela policiaca, neopolicial, Taibo II, Rafael Bernal, Ramírez Heredia, Efraín Huerta, Ciudad de México.

Key words: crime fiction novel, neopolicial, México City, Taibo II, Rafael Bernal, Ramírez Heredia, Efraín Huerta.

Para citar este artículo: Rodríguez Galindo, Edgar Francisco. "Los detectives del alba". *Tema y Variaciones de Literatura*. Núm. 54, semestre I, enero-junio de 2020, UAM-Azcapotzalco, pp. 137-147.

*Te declaramos nuestro odio perfeccionado
a fuerza de sentirte cada día más inmensa,
cada hora más blanda, cada línea más brusca*

Efraín Huerta

Amanece y la ciudad nos duele, como herida a nuestro costado, como conciencia de lo que pudo ser. Después de pasar la noche investigando, el alba nos encuentra desahuciados, sin resultados concretos. Apenas masticamos una intuición, resaca entre los dientes. Pero ahí está el sol, apenas leve, apenas luminoso, que nos invita a cantar. Cantamos, pues, esta hipótesis: Filiberto García¹ es un detective del alba, inaugura una saga de héroes mexicanos, urbanos, chilangos, que poblaron por cuatro décadas los anales de la literatura policiaca nacional. *El complot mongol* es la novela inaugural de esta tradición, llámenla neopolicial, neopoliciaca, *noir* mexicano o cómo a usted mejor le plazca. Tradición marcada por la caracterización de sus protagonistas. Lejos del detective clásico, frío, cerebral, marmón; son personajes más cercanos al tipo duro del *hard boiled* norteamericano, pero sensibles a lo José José, machos mexicanos con corazón de pollo. Son hijos bastardos de la ciudad, cínicos, profesionales del desprecio, hombres que parecen tener, en vez de corazón, un perro enloquecido. Son *Los hombres del alba*, de Efraín Huerta

Para estos detectives, el verdadero enemigo es la ciudad, ciudad amarga, ciudad inabarcable, negra, tibia, monstruo de ciudad.

¹ Para los no entendidos: detective protagonista de *El complot mongol* (1969), de Rafael Bernal.

Ciudad de México. La ciudad es parte clave de la narrativa policiaca desde sus inicios, incluso desde su etimología (“polis”-ciudad); sin embargo, la forma como los protagonistas de este tipo de narraciones se enfrentan con la urbe los marca en comparación con otros detectives. Antes de enfocarnos en esta ciudad de los batracios², echemos un pequeño vistazo atrás, pero perfilar brevemente la histórica relación de los detectives y las ciudades.

Los detectives y sus ciudades

La narrativa policiaca nació con Poe y en este mismo autor encontramos una de las reflexiones más puntuales sobre cómo la ciudad transforma a sus habitantes. En “El hombre en la multitud” se narra la historia de un hombre “ocioso” que sigue a otro entre la multitud que se arremolina por las calles de Londres. El final del relato es esclarecedor respecto de la relación de la ciudad-crimen, germen ineludible de la narrativa policiaca:

—Este viejo —dije por fin— representa el arquetipo y el genio del profundo crimen. Se niega a estar solo. Es el hombre de la multitud. Sería vano seguirlo, pues nada más aprenderé de él y sus acciones.³

Este arquetipo del hombre de ciudad es el mismo que después persiguió Baudelaire

² El juego de palabras va del clásico “ciudad de los palacios”, atribuido a Humboldt, al burlón “ciudad de los batracios”, atribuido por Vicente Quirarte (en diversas conferencias) a José Emilio Pacheco.

³ Poe, Edgar Allan. “El hombre en la multitud”. *Cuentos completos*, pp. 329-339.

e inspiró a Walter Benjamín para desarrollar su concepto del *flâneur*:

El paseante de los poemas de baudelaireanos se convierte en el detective Dupin de las ficciones ciudadanas de Poe cuando la dilucidación de la ciudad moderna se manifiesta como una investigación, ya que, como opina Walter Benjamín, "cualquiera que sea la huella que el flâneur persiga, lo conducirá a un crimen".⁴

El detective puede ser un *flâneur* que recorre la ciudad, pero no siempre lo es. Esta caracterización es aplicable sólo a algunos protagonistas de relatos policíacos: podemos pensar en las figuras clásicas de Dupin, Sherlock Holmes, Hércules Poirot, el Padre Brown, entre otros.

Sin embargo, los pasos de estos personajes los alejaron de la ciudad. La narrativa policíaca clásica emigró paulatinamente, como apunta Ernest Mandel, "De las calles al salón", pero ineludiblemente tuve que regresar "Y de nuevo a las calles"⁵. Este regreso fue brutal, como apunta Chandler:

Hammett extrajo el crimen del jarrón veneciano y lo depositó en el callejón [...] escribió al principio (y casi hasta el final) para personas con una actitud aguda y agresiva hacia la vida. No tenían miedo del lado peor de las cosas; vivían en ese lado. La violencia no les acongojaba. Hammett devolvió el asesinato al tipo de personas que lo

cometen por algún motivo, y no por el solo hecho de proporcionar un cadáver.⁶

La ciudad de Dashiell Hammett no sólo es escenario de la violencia, es la violencia misma. En *Cosecha roja* el detective acude a la ciudad de *Personville* (ciudad de personas) para resolver un caso. Conforme se involucra con los habitantes del lugar descubre una maraña de corrupción, mafia, amenazas. La ciudad es apodada sarcásticamente *Poisonville* (ciudad veneno) y el protagonista sufre este envenenamiento. El Agente de la Continental está lejos de ser el *flâneur* ocioso que recorre placenteramente la ciudad y descubre sus misterios. Este detective sufre la ciudad, la odia.

Y es esta maldita ciudad, Poisonville. Poisonville es su verdadero nombre. Me ha envenenado [...]. Tengo dura la piel por encima de lo que me queda de alma y, después de andar entre crímenes durante veinte años, puedo estudiar cualquier clase de asesinato sin ver en ello más que pan de cada día, mi trabajo. Pero esto de disfrutar haciendo planes mortales, no, ese no soy yo. Es lo que esta maldita ciudad me ha hecho.⁷

Si dejamos por ahora del lado la multitud de matices intermedios (sacrificio ineludible si queremos avanzar con este texto), podemos identificar dos tipos de detectives según su relación con la ciudad. En el policíaco clásico el detective disfruta la ciudad, la descubre, se enamora de ella; mientras en

⁴ Hernández, Gabriel. "El artificio de Poe: mimesis y ficción en el relato policial". En *Edgar Allan Poe en Malinalco*, p. 130.

⁵ Mandel, Ernest. *Crimen delicioso*, p. 47.

⁶ Chandler, Raymond. *El simple arte de matar*, p. 21.

⁷ Hammett, Dashiell. *Cosecha roja*, p. 125.

el policiaco negro la sufre, la ciudad avasalla, al detective no le queda más que odiarla y amarla al mismo tiempo. En medio estos dos extremos, más inclinado al segundo, se encuentra el detective del alba.

El detective mexicano y su ciudad

Los primeros relatos policíacos mexicanos ambientados en la hoy Ciudad de México, antes Distrito Federal, siguieron el modelo clásico. Muchas veces el escenario pasa desapercibido o es un aspecto secundario. Sin embargo, el rol de la ciudad poco a poco adquiere características propias.

En los textos de Antonio Helú y Pepe Martínez de la Vega se desarrollan detectives cuyo tono paródico los emparenta con la novela de picaresca. Son personajes burdos que se mueven en una ciudad donde se exagera la diferencia, el folclore. A esta misma estirpe de detectives picarescos pertenece Eddy Tennis Boy, engendrado por Eduardo Villegas ya en los años 90.

La figura del detective *flâneur* no encontró mucho eco en nuestro país, pero sí es posible identificar personajes de novelas policíacas que cumplen con estas características, aunque no cumplen el rol del investigador. El ejemplo más paradigmático es Roberto de la Cruz, protagonista de *Ensayo de un crimen* de Rodolfo Usigli.

Nostalgia prematura: la sensación de Roberto de la Cruz es la misma experimentada por el Carlos de *Las batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco: la pérdida de los objetos, edi-

ficios e hitos urbanos es una comprobación del despojo que el tiempo hace de nosotros [...].

La anatomía del *dandy* urbano realizada por Usigli no es un elemento decorativo de su novela sino el principal de sus elementos estructurales.⁸

Otro prototipo de *flâneur* en la literatura policíaca mexicana es Dave Sorensen, de *Linda 67*, quien recorre plácidamente las calles de San Francisco. Fernando del Paso elabora un delicado recorrido de esta ciudad en voz de su protagonista. Eduardo Murrieta, protagonista de *El crimen de las tres bandas* de Rafael Solana, también es un hombre rico y ambicioso, transita por la Ciudad de México con cierto desparpajo cómplice. Los tres personajes mencionados son delincuentes y no detectives, gozan de una posición económica privilegiada, son burgueses con mucho tiempo libre. “La ociosidad es la madre de todos los vicios”, parece sugerir esta asociación, como una muestra más del carácter moralizante muy común en los textos policíacos, como señala Ernest Mandel. La referencia a Rafael Solana es paradójica. El mismo escritor veracruzano fue quien escribió el prólogo para la primera edición de “Los hombres del alaba” de Efraín Huerta.

⁸ Quirarte, Vicente. *Elogio de la calle*, p. 582.

El detective chilango

*Chilango, chilango aferrado
chilango, defequense por necesidad.*

EL TRI

¿Cómo llamar al detective de la Ciudad de México? ¿Capitalino? ¿Defeño? ¿Chilango? La pregunta, aparentemente ociosa, cobra relevancia por un par de connotaciones que rodean al último término. Además de la acepción como gentilicio coloquial para designar a los naturales del otrora Distrito Federal⁹, legalmente aprobado por la policía del lenguaje (léase RAE), el término chilango posee una connotación peyorativa,¹⁰ asociada con la mala fama de los capitalinos en provincia. La evidencia es clara. Cómo olvidar el famoso: “Haz patria, mata un chilango”. Esta carga peyorativa es sufrida por los detectives chilangos cuando viajan al interior de la república. Dos ejemplos evidentes son Ifigenio Clausel en *Muerte en la carretera* (1980) y Eddy Tennis Boy en *Las aventuras del Caca-huatito de oro* (2013).

La segunda acepción se refiere a la designación para quienes emigran de la provincia para vivir en el Distrito Federal. Aunque no hay documento o investigación fidedigna que corrobore este sentido¹¹, se ha usado con frecuencia en diferentes contextos. Tal es el caso de la canción de El Tri, *Chilango*

incomprendido, cuyo epígrafe abre este apartado y en el cual la palabra “defequense” tiene también una connotación peyorativa o desventurada: la ciudad tritura al provinciano, lo devora y finalmente lo defeca.

En este sentido los detectives de la novela policial de la Ciudad de México, así como sus autores de quienes son posibles alter egos, son chilangos. Nacidos en provincia y emigrados a la capital, se enfrentan con el trauma que esto produce. La ciudad los avasalla y los sorprende. Les deprime y les enorgullece. Los hace pedazos, pero se resignan a vivir aquí porque, como asegura Paco Ignacio Taibo II: “esta es la mejor ciudad del planeta, a pesar de sí misma”¹².

Efraín Huerta también fue chilango. Oriundo de Guanajuato llegó a la ciudad siendo joven. Sufrió, como muchos provincianos al arribar a la capital, la sensación de desasosiego ante la vastedad del paisaje urbano. Se sintió descastado, perdido, por eso declara su odio a la ciudad, negra ciudad, de ceniza y tezontle. Una ciudad donde las flores, bellas por naturaleza, sucumben también ante las pisadas, se pudren, se aplastan, mueren. Sin embargo, esta misma ciudad despierta admiración en el poeta, le habla con la ternura con la cual le hablaría a una mujer, a una muchacha ebria. La ciudad es eso: una muchacha ebria.

El imaginario de la ciudad y el desencanto del hombre ciudadano creado por Huerta habita en las novelas policíacas mexicanas ambientadas en la capital del país. Tampoco es una casualidad. “El amor, el alcohol,

⁹ Rae.com <<https://dle.rae.es/chilango>>.

¹⁰ Zaid, Gabriel. “Chilango como gentilicio”. *Letras Libres*. Núm. 11, noviembre 1999.

¹¹ Montes De Oca, María del Pilar. “Por qué los chilangos nos llamamos chilangos”. *Excélsior*. 2 de noviembre de 2018.

¹² Taibo II, Paco Ignacio: “Introducción México, D.F. / Sombras negras”. En *México negro y querido*, p. 12.

la desilusión y el fracaso vital son constantes en la novela de detectives.¹³ En el caso particular de las novelas chilangas, la Ciudad de México cobra además un aspecto antagónico en el cual vale la pena detenerse. Más allá del culpable, el asesino, o el confabulador, el verdadero enemigo del detective es la ciudad, sus calles laberínticas, su violencia latente, sus multitudes aplastantes. La ciudad es el monstruo que devora al detective, aunque resuelva el caso, nunca puede escapar de este enemigo.

Hay un carácter político en la poesía de Huerta que también heredan los detectives del alba. Una visión emparentada con la militancia de izquierda. Esta relación fue abordada por Patricia Cabrera en su estudio sobre la literatura de izquierda mexicana entre 1962-1987, en el cual incluye un apartado sobre “novela negra”.¹⁴

Aunque en este texto no interesa particularmente el aspecto político, hay dos fechas que nos sirven como hito para delimitar el periodo en el cual tuvo mayor auge este prototipo de detectives urbanos. La primera es 1968, marcada por el movimiento estudiantil y la matanza de Tlatelolco; la segunda es 2006 y marca el inicio de la guerra contra el narcotráfico. Ambas influyeron profundamente en el desarrollo de la cultura y la literatura de nuestro país.

En las siguientes líneas se abordarán brevemente, a modo de catálogo, cuatro detectives chilangos, detectives del alba. Se co-

mienza con el precursor, Rafael Bernal, y termina con uno de sus últimos bastiones, Juan Hernández Luna.

Martita Fong, precursora del alba

*Hoy declaras el odio deliberadamente
a todo lo que sabe a claveles y pantano,
al fatigoso amor hacia las sábanas y la burla,
a mi ternura envejecida, como un océano,
mi graciosa ternura como gallina idiota*

Efraín Huera

El complot mongol es, además de una novela policiaca, una historia de amor, una trágica, tristísima y cantinesca historia de amor.¹⁵ Filiberto García, nuestro detective del alba, es un hombre maduro, con su corazón astillado, su ternura encanecida, sus ímpetus apaciguados. Se enamora, “como chamaco pendejo”, de Martita Fong, una jovencita de origen chino. La historia de este amor no solo es anecdótica dentro del relato policiaco, resulta vital para la resolución final de la trama y enmarca la transformación del personaje principal, Filiberto.

García es un hombre nacido en provincia que habita en la capital, pero anhela su pueblo. La Ciudad de México lo acoge en sus entrañas, con su barrio chino, sus cantinas, sus cafés, sus vecindades y sus callejones. Aunque en *El complot mongol* la

¹⁵ Este aspecto fue desarrollado en la tesina escrita por el autor de este artículo. *Vid.* Rodríguez Galindo, Edgar. “El discurso amoroso en *El complot mongol* de Rafael Bernal”. Tesina para obtener la Especialidad en Literatura Mexicana del siglo xx. México: UAM Azcapotzalco.

¹³ Galindo Juan, Carlos. “El club de los adictos al desencanto”. *El País*. 4 de agosto de 2012.

¹⁴ Cabrera, Patricia. *Una intuición de amanecer*, pp. 305-309.

ciudad pareciera ser únicamente escenario, en realidad la presencia urbana, con sus costumbres y sus formas, es vital en la trama: el lenguaje coloquial, con todos sus pinches, sus mentadas y sus pláticas de borrachos; las aspiraciones cotidianas de chilango (ir a acapulco con Martita), desayunar en el Sanborns de los azulejos, beber una copa en la cantina La Ópera, ir de compras al Palacio de Hierro; la corrupción política que desde entonces es el pan nuestro.

La ciudad y el amor de Martita hieren a Filiberto. Cuando asesinan a la chica, todo se derrumba para nuestro detective del alba, pero esta pena es también el motor, la rabia que desencadena la resolución de la trama detectivesca. Filiberto toma la justicia en sus manos, pero se equivoca, mata a los principales conspiradores detrás del complot, pero no son los asesinos de Martita. Esto no lo detiene. En su sed de redención, encuentra al chino Liu, el verdadero culpable, y lo acribilla sin esperar a que suelte el resto de la información sobre un complot cubano.

Después, en una de las últimas secuencias de la novela, Filiberto camina rumbo a la calle 5 de Mayo, donde está la cantina La Ópera. Bernal narra el recorrido del héroe por Avenida Juárez mientras Laski, el agente ruso, lo sigue de cerca y le reclama por haber matado a Liu, un testigo clave. Cruza San Juan de Letrán (actualmente el Eje Central) y llega hasta el Callejón de la Condesa. El lento, apesadumbrado, paso del detective es incapaz de alejar al agente ruso, pero lo despide con una frase clásica chilanga: "Chingue a su madre".

Filiberto encuentra en la cantina a su amigo, el Licenciado, salen de ahí juntos, con una botella, rumbo al departamento del detective, donde está Martita. Ahí, frente al cadáver, García le pide a su amigo que rece un réquiem, mientras masculla: "¡Pinche soledad!" Detective del alba, al fin, también pudo haber pedido que recitara un poema del libro de Huerta, dedicado a Martita, quizá precursora del alba.

Declarar el odio, cosa fácil

*Ciudad negra o colérica o mansa o cruel,
o fastidiosa nada más: sencillamente tibia.
Pero valiente y vigorosa porque en sus
calles viven los días rojos y azules.*

Efraín Huerta

No se puede vivir en la tibieza, hace falta el odio, el amor, la violencia de la ciudad circulando por las venas. Se puede culpar de muchas cosas a Paco Ignacio Taibo II, menos de no ser combativo. Cuando la crítica asumió que no existía el llamado "neopolicíaco", él se empecinó, le declaró su odio a la academia, escribió novelas como tortillas y terminó por darle lugar a un subgénero novelesco.¹⁶

¹⁶ Aunque en su momento la etiqueta "subgénero" se usó peyorativamente para la literatura policiaca, aquí se hace referencia al neopolicíaco como una vertiente de un género mayor, la novela. Álamo Felices incluye la "novela neopolicíaca latinoamericana" en su amplio catálogo "Los subgéneros novelescos". Vid. Álamo, Felices. *Los subgéneros novelescos*.

El personaje más famoso engendrado por Taibo II, Belascoarán Shayne, es un detective del alba. Es presentado desde el principio como un profesional del autodesprecio. Es un hombre abandonado, recién divorciado, recién desempleado, en búsqueda del reconocimiento familiar por parte de sus hermanos, en quienes admira precisamente todo lo que a él le falta: convicción, militancia, seguridad.

La saga de Belascoarán se compone de nueve libros, pero, en honor a la verdad, habría que apuntar que hubiese bastado con los tres primeros. Más allá de las apreciaciones estéticas, es importante recalcar el ciclo que cumple el protagonista en las tres primeras novelas de la saga. En la primera, *Días de combate*, se revuelca en su propio conflicto existencial, se le revela la ciudad como el verdadero enemigo y sale adelante gracias a la ayuda de sus hermanos y una mujer. En la segunda, *Cosa fácil*, confirma su oficio de tinieblas, se consolida como habitante de la noche, expectante su pecho ante la inquietud de amanecer. En la tercera, *No habrá final feliz*, la certeza le escupe en la cara: a veces es posible conseguir pequeños triunfos, atrapar a un asesino, señalar a un ladrón, pero la verdadera violencia, la del sistema, la de la ciudad capitalista, es imposible de vencer. Quien se pone con Sansón a las patadas solo puede esperar un final: la muerte.

Desde las primeras páginas de *Días de combate* es evidente el peso de la ciudad en la trama:

La ciudad se le abría como un monstruo, como el vientre fétido de una ballena, o el interior de una lata de conservas estropeada. [...] la ciudad

se convertía en personaje, en sujeto y amante. El monstruo le enviaba señales, soplabra brisas llenas de extrañas intenciones. La selva de antenas de televisión bombardeaba ondas, mensajes, comerciales. El asfalto, las vitrinas, los muros los coches, las taquerías al carbón, los perros vagabundos le hacían un lugar en su ritmo.¹⁷

El personaje de Taibo II es quizá el que más textualmente encarna esta dicotomía de amor-odio a la ciudad, herencia de Efraín Huerta, aunque también pudo ser herencia de la visión un tanto mórbida de la ciudad que presenta José Revueltas en *Los errores* (1964). En la segunda entrega destaca la visión nocturna de la Ciudad de México, particularmente a través de los programas radiofónicos que se cuelan por el radio del coche del detective mientras espera el amanecer de alguna pista.

Conforme trascurren cada una de estas tres novelas, Belascoarán, detective del alba, no para de alimentar su odio contra algo que pareciera más concreto, pero no lo es: el sistema. En la tercera novela, el título vaticina el final del protagonista y ofrece una de las pocas variantes de final feliz que es posible encontrar en el policiaco mexicano: en la escena final vemos a nuestro detective del alba tirado en un callejón, muerto a balazos.

La ciudad tiene un sistema monstruoso, engendro de una tradición de violencia y corrupción ante la cual parece que no hay mucho por hacer. Odiar nada más, total, es cosa fácil.

¹⁷ Taibo II, Paco Ignacio. *Todo Belascoarán*, p. 21.

Tu corazón, trampa de metal

*Tienes el corazón más sordo y necio
que un puñal aterido,
más hueco que un milagro.
¡Tu corazón,
penumbra aniquilada!*

Efraín Huerta

Ifigenio Clausel, detective protagonista de *Trampa de metal* (1979), es el ideal de macho mexicano de los años setenta y ochenta. Soltero, con solvencia económica (aunque no es rico), mujeriego, dicharachero, bebedor empedernido, reconocido parroquiano de una cantina ubicada en el centro de Coyoacán. Se mete entre los balazos y sale ileso, coquetea con las secretarias, bebe ron a lo bestia y soluciona enigmas. Es en pocas palabras: el muchacho chicho de la película gacha.

Sin embargo, en el accionar del personaje creado por Ramírez Heredia, se percibe el desasosiego. Es un hombre que se hace el duro, pero sus decires, sus formas, delatan sus complejos. En este mismo sentido es el prototipo del macho mexicano: presume muchos huevos para no sentirse tan solo, tan pusilánime.

La propia ciudad evidencia poco a poco las debilidades de Ifigenio. Él investiga la desaparición de un automóvil y termina enredado en una red de tráfico de influencias. El título de la novela es significativo, una metáfora del personaje, de su situación, de la ciudad misma: *Trampa de metal*.

A la mitad de la trama asesinan a quien lo había contratado, una secretaria a quien

Ifigenio se andaba “sabroseando”. Aunque hasta entonces el personaje se refiere a ella de forma un tanto despectiva, el asesinato lo conmueve, dispara los resortes de la rabia necesarios para seguir adelante con el caso, como sucede en *El complot mongol*¹⁸.

Ifigenio también es provinciano, como su autor. En la segunda novela de la saga, *Muerte en la carretera*, viaja a provincia y vive en carne propia el desprecio con el cual son tratados los chilangos; pero también la desesperación a la cual se enfrenta por el ritmo lento, pausado, de provincia, con el cual acontecen las cosas. La saga de Ifigenio se completa con la novela *Al calor de Campeche*. Aunque ni ésta ni la segunda contienen la misma fuerza vertiginosa de la primera, su personaje se perpetua como uno de los detectives del alba más reconocidos en el panorama nacional. Quizá también el más violento, machista y misógino. Esa fuerza desbordada, esa máscara de Juan Camaney que canta: “Bailo tango, masco chicle, pego duro y tengo viejas de a montón ¡¡¡Tururúuuu!!!”¹⁹, oculta detrás un corazón acomplejado, desventurado, corazón penumbra.

¹⁸ Ramírez Heredia no niega la influencia de Bernal, incluso su personaje se enorgullece de leer *El complot mongol* para entretenerse. Vale anotar como curiosidad que también lee *La cabeza de la hidra*, de Carlos Fuentes, pero ésta la usa cuando tiene insomnio.

¹⁹ Frase popularizada por el comediante Luis de Alba.

Esta región de ruina, cadáver de ciudad

*Nada, como no sean latidos presurosos,
fieles propósitos de ruina,
se puede concebir donde las almas
a dura lentitud pierden su esencia.*

Efraín Huerta

Ezequiel es, además de detective, mago. En la novela *Tabaco para el puma* (1996) hace un acto de prestidigitación en el cual termina convertido en un tigre que ronda por la catedral de Puebla; en la segunda novela de la saga, *Cadáver de ciudad* (2006), intenta su máximo truco: desaparecer el Ángel de la Independencia.

Ezequiel llega a la ciudad y vive en carne propia el terror de verse poco a poco atrapado entre las fauces de un monstruo que alcanza proporciones míticas. Es, como todos los detectives del alba, un hombre atormentado: divorciado, venido a menos después de perder su empleo, obsesionado con ganarse la vida de la forma más absurda: como mago. Ezequiel es pobremente el más endeble entre los detectives tratados hasta ahora, pero es también quién goza de mayor suerte, además de tener amigos fuertes y oportunos.

Es difícil deslindar al autor de su personaje. Juan Hernández Luna fue en cierta forma como Ezequiel: era un hombre quebradizo, ojeroso, fumador empedernido, amante de la cerveza, divorciado y aferrado a un sueño absurdo: ser escritor, quizá la forma más cercana a la magia a la que aspiraba. En un encuentro con él confesó haber escrito *Ca-*

dáver de ciudad después de pasar un tiempo revisando archivos históricos de la policía. Era tanta la violencia, la maldad que había visto ahí, que la única forma de exorcizarla fue con esta novela, en la cual, el característico realismo social propio del neopolicíaco salta por la ventana. El realismo resulta insuficiente para narrar la cantidad de violencia que se vive en la ciudad, la fantasía parece una respuesta más sensata. Hay cosas atroces, que no parecen ser actos de hombres, debe haber algo demoníaco, algo de otro mundo que le dé sentido al sinsentido de la ciudad devastada por la violencia sexual que dibuja Hernández Luna.

Al final de la novela, el mago llora ante una frase de Alfred Bester: "Los débiles nunca lloran por los fuertes. Solamente lloran por sí mismos."²⁰ Lejos ya de la ciudad, pero incapaz de deshacerse de la pesadilla al recordar aquel infierno, mar de cadáveres, monstruo desplumado, región de ruina.

Otros detectives del alba

Este texto está lejos de ser un estudio exhaustivo sobre todos los detectives del alba que plagan las novelas policíacas mexicanas ubicadas en la Ciudad de México. El asunto da por sí mismo para una tesis y más. Pero tampoco puedo terminar sin mencionar al menos algunos otros detectives del alba chilangos: Conrad Sánchez en *Lámpara sin luz* (1999), de Arturo Trejo; Evaristo Reyes, en *El miedo a los animales* (1995) de Enrique Serna; Félix Maldonado, en *La cabeza de*

²⁰ Hernández Luna, Juan. *Cadáver de ciudad*, p. 340.

la hidra (1978) de Carlos Fuentes; *Las aventuras de Eddy Tennis Boy* (2006), de Eduardo Villegas; Servando Medina en *No consta en los archivos* (1997), de Mauricio José Schwartz; Antonio, en *Tijuana Dream* (1998) de Juan Hernández Luna; *Regueiras* (2009) de Sergio García Díaz; Juan Caballero, en *Tres crímenes y algo más* (1992), de Juan García Ordoño.

No es pues sólo una coincidencia o una ocurrencia inspirada. Existen los detectives del alba, este grupo de investigadores policíacos marcados por el amor-odio que les despierta la Ciudad de México, estos personajes profesionales del desprecio, perros del amanecer, tristes, solitarios y finales.

Fuentes

- Álamo, Felices. *Los subgéneros novelescos*. España: Universidad de Almería, 2014.
- Bernal, Rafael. *El complot mongol*. México: Lecturas Mexicanas, Segunda Serie 7, SEP, 1985.
- Cabrera López, Patricia. *Una intuición de amanecer*. México: Palza y Janes, 2006.
- Chandler, Raymond. *El simple arte de matar*, Barcelona: DeBolsillo, 2014.
- Del Paso, Fernando. *Linda 67*. México: FCE, 2017.
- Galindo, Juan Carlos. "El club de los adictos al desencanto". *El País*. 4 de agosto de 2012.
- Hammett, Dashiell. *Cosecha Roja*. España, Alianza Editorial, 2012.
- Hernández Luna, Juan. *Cadáver de ciudad*. México: Ediciones B, 2006.
- Huerta, Efraín, *Poesía completa*. México: FCE, 1995.
- Mandel, Ernest. *Crimen delicioso. Historia Social del relato policíaco*. Trad. Pura López Colomé. México: UNAM, 1986.
- Montes de Oca, María del Pilar. "Por qué los chilangos nos llamamos chilangos". *Excélsior*. 02 de noviembre de 2018. Recuperado de: <<https://www.excelsior.com.mx/opinion/maria-del-pilar-montes-de-oca-sicilia/por-que-los-chilangos-nos-llamamos-chilangos/1275727>>.
- Poe, Edgar Allan. *Cuentos completos*. Traducción de Julio Cortázar. Buenos Aires: Edhasa Editorial, 2009.
- Quirarte, Vicente. *Elogio de la calle. Biografía literaria de la Ciudad de México 1850-1992*. México: Cal y Arena, 2001.
- Ramírez Heredia, Rafael. *Trampa de metal*. México: Joaquín Mortiz, 1979.
- Ramírez Peñaloza, Cynthia y Francisco Beltrán Cabrera (coords.). *Edgar Allan Poe en Malinalco*. México: UAEM, 2012.
- Rodríguez Galindo, Edgar. "El discurso amoroso en *El complot mongol* de Rafael Bernal". Tesis para obtener la Especialidad en Literatura Mexicana del siglo XX. México: UAM Azcapotzalco, 2017.
- Taibo II, Paco Ignacio. *México negro y querido*. México: Plaza y Janes, 2011.
- Taibo II, Paco Ignacio. *Todo Belascoarán*. México: Planeta, 2010.
- Torres, Vicente Francisco. *Muertos de papel. Un paseo por la narrativa policial mexicana*. México: CONACULTA, 2003.
- Zaid, Gabriel. "Chilango como gentilicio". *Letras Libres*. Núm. 11, noviembre 1999. Recuperado de: <<https://www.letraslibres.com/mexico/chilango-como-gentilicio>>.

